

www.elboomeran.com

GERMÁN MARÍN

# El Palacio de la Risa



EDICIONES  
UNIVERSIDAD DIEGO PORTALES

U N O

Sólo quedaban de la llamada Villa Grimaldi cuando la visité aquella mañana de diciembre, tras haber llegado hacía dos meses a Chile, las huellas de sus cimientos bajo la maleza que crecía salvaje y verde, alimentada por las lluvias del último invierno, en medio de los escombros menores que los dientes de la máquina excavadora no habían podido recoger. Yacían dispersos por una mano furiosa que, a pesar de su insania, había molido cada terrón. La única certeza que tenía aquella mañana era que, después de varias vueltas inútiles por el mundo, estaba de regreso luego de diecisiete años de ausencia, pero al contrario del viajero Simbad no eran muchas las monedas de oro que podía sumar a mi favor al hacer el balance. Aunque a veces me sentía diferente y lejos de mis congéneres, el exilio ya había terminado, por lo cual, con mayor o menor sentido común, dependía de mí, debía asumir la nueva etapa que comenzaba. Yo no venía del extranjero, sino del pasado, que al parecer nadie quería, pues, de acuerdo a lo que había captado, aquel tiempo representaba poco y nada en la vida actual de los chilenos. Estaba en un país que por dos motivos de

su historia, antagónicos, deseaba borrar su pasado de cualquiera posible mácula y hacer cuentas nuevas. Como había certificado dentro de los escasos meses que llevaba, no se deseaba sacar a la luz por completo los oscuros y graves episodios sucedidos. A pesar de la noche artificial que impedía ver hacia atrás, ni menos a quien era el principal responsable de los hechos, el país nunca había sido más transparente en su situación, pero, como pensaba, de mi lado tenía muy poco que decir. Sólo unos rezongos de viejo, unas bagatelas que no interesaban a nadie. Sentía al regresar de Barcelona, en donde me había radicado en 1976, que no eran los años que se habían ido sino la vida con sus largos momentos, quedando como persona al margen de todo, parecido al movimiento del mar que devuelve a la orilla, en una última ola, el resto solitario de un naufragio. No dejaba, sin embargo, de estar satisfecho de haber regresado a casa. Como a veces solía ocurrirme, perdido en alguna distracción, me sorprendía de pronto que el mundo a mi alrededor hablara en chileno, entonando unas palabras que, al aspirarse bajo unos sonidos agudos, casi quebrados, se comían a sí mismas, cargadas de unos hipocorísticos permanentes que delataban calor humano, proximidad, o acaso, vaya a saberse, algo menos explícito que el sentimiento. Luego de bajarme del taxi a la altura del ocho mil de la avenida José Arrieta, divisé un poco más allá los muros de color rojo de Villa Grimaldi y, aunque al principio no reconocí nada de sus alrededores, algo remoto, pero a la vez fami-

liar, me señaló que era el lugar. No estaba equivocado. En diversos instantes del exilio, bajo una oscura contusión llena de imágenes, había pensado en el momento de ese reencuentro, en que la nostalgia que a veces me sobrevinía, al recordar las visitas cuando niño al lugar, era barrida por el espanto al tener conciencia de lo que allí había sucedido. Desde luego, al imaginar aquel día lejano, que ahora era el presente que fluía, se me aparecía también Mónica. Como observaría al cruzar la avenida, no pasaba nadie por la acera de tierra correspondiente a la ex casona. La gente tal vez evitaba por costumbre transitar por ese lado de Arrieta, aunque, claro, era una hora temprana de la mañana y circulaban menos transeúntes. Me fijaría de regreso en este pormenor, si bien llegado el momento lo olvidé. Al costado derecho de la finca se levantaba, donde antes existía si no me equivoqué un apeadero que usaban los jinetes que venían del interior del valle precordillerano de Peñalolén, una sucesión de pequeños locales comerciales unidos por una galería abierta a una modesta plaza semiseca, poco atractiva, a la cual no creo que en las tardes llegara el vecindario a tomar el fresco, como podía suceder, por caso, en las barriadas de ciudades europeas. El ambiente rural del sector había desaparecido casi por entero. Como era posible deducir, pronto se transformaría en uno más de Santiago, poblado ya de primorosos chalés y bungalows de clase media, aunque perseveraban cada cierto trecho algunos sitios eriazos a la espera, dentro de la especulación

inmobiliaria, de una mejor valoración del metro cuadrado de terreno. Por la avenida transitaba el bus de la línea 22 que, según la indicación en el parabrisas, cubría el recorrido Estación Central - Villa Naciones Unidas. El vehículo cruzaba un buen pedazo de la ciudad, desconocida hoy para mí, envuelta en un cúmulo de modernidad y barbarie como había percibido, con una pizca de fascinación, durante los paseos solitarios que solía hacer en las tardes después de la hora del calor. Santiago no era una ciudad que se dejara moldear por la Historia, pensaba, al observar la presencia de nuevos edificios y el desfiguramiento de zonas enteras. Tenía la vocación de fundarse permanentemente creando unos suburbios que hacían olvidar dónde estaba la ciudad. Encima de las viejas paredes de adobe que rodeaban el lugar se atisbaban sueltas y vencidas, aunque todavía en sus estacas, las corridas de alambre de espino herrumbrosas que delataban la naturaleza del recinto que había llegado a ser Villa Grimaldi. Al observar con más atención, me sorprendió que faltaban los álamos grises que circundaban aquel espacio, donde tampoco se destacaba de afuera la bóveda semiesférica de la cúpula principal. Al cruzar la avenida José Arrieta me di cuenta de que la tranquera de antes, en la cual sobresalían en su centro unas astas de toro talladas en madera, había sido reemplazada por un portalón de hierro de dos hojas, cuyas rejas oxidadas estaban tapiadas con una gruesa plancha de acero de color negro. De manera visible, a un costado de

ésta, se hallaba a la altura del rostro, a fin de espiar hacia el exterior, una mirilla bastante pronunciada por cuyo rectángulo podía asomar, al menos, la boca de un arma de fuego. Por un segundo no supe bien qué hacer, pero al empujar el portalón con cierta cautela cedió con un sor-do y lento crujido y tuve de una vez ante los ojos, en una vista que me sobrecogió, la desolación en que se había convertido el lugar. Imaginé, llevado por el extravío, que una mano poderosa había hecho desaparecer la casa, tal como en un cuento de Isak Dinesen, para trasladarla va-ya a saberse a qué país encantado. No había nadie a quien preguntarle algo, si es que no era fútil hacerlo sa-biendo de antemano que me soltarían una mentira. A mi derecha se levantaba un rancho construido gracias a los retazos de la demolición, opaco y sin vida bajo el sol, que podía ser la morada del último cuidador, quien daba la impresión de haberse marchado. La puerta exhibía un grueso candado con defensas de bronce apretado entre dos aldabas. El camino de entrada, formado por la cua-drícula de los adoquines de piedra que aún permanecían intactos, estaba alfombrado por una capa amarilla de hojas secas. Al perderse entre los escombros dispersos sobre la tierra, flotaba a través de aquella extensión, compuesta originalmente de once hectáreas, contigua al bosque llamado La Hermita que se extendía hacia arri-ba, un silencio pétreo congelado en el aire en el que sal-taba a los ojos, casi como una interrupción, el esqueleto de un árbol defoliado. Su corteza yacía carbonizada. Si

bien estaba muerto como un inmolado más, era el único vástago que permanecía en pie de las dos mil especies forestales, crecidas desde la época de la Colonia, como estaba informado. El resto de la arboleda había desaparecido y, desde luego, el viejo parque con sus espejos de agua, cubierto bajo la primera luz de la mañana por una vorágine de matorrales y desechos estampados en una brusca inmovilidad. La casa se había esfumado como dije, aunque al rastrear con el pie se podían distinguir entre los cascotes de adobe las huellas de unos cimientos de piedra. No quedaba nada, excepto más allá, en un claro del terreno, la piscina de mármol, donde tantas veces me bañara de adolescente. Me llamaba la atención que el espacio en el cual se levantara el parque, hoy se viera menos vasto, apretado por las murallas lindantes, como así también el horizonte, cerrado por la presencia inmediata de la cordillera que parecía más cercana que ayer. A mis espaldas se recortaban en el fondo de Santiago, perdidas en el aire contaminado, las siluetas de unos edificios recién construidos. Era una mañana de pleno verano, en que se destacaba la tersura del cielo azul, cierta brisa fresca a pesar del sol, tibio aún, que principiaba a brillar con alguna crueldad sobre lo que ya no existía. El otrora famoso parque de Peñalolén, levantado junto con la casona en el último tercio del siglo diecinueve, había sido arrasado hasta el exterminio. Los antiguos jardines, trazados según referencias por Georges Dubois, el arquitecto proyectista del Parque Forestal, se



habían transformado, en medio de aquel detritus, en una hierba quebradiza y seca devorada por la insaciabilidad de la naturaleza. Resultaba doloroso recordar que el humanista Andrés Bello, inspirado por este paraje, cuando aún constituía hacienda de la familia Egaña, había escrito los versos "(b)oscajes apacibles de La Hermita / ¡oh, cuánto a vuestra sombra me recreo!", pertenecientes a la composición *Oda a Peñalolén*. Se observaba, al penetrar un poco más en él, que era en dicho páramo donde se habían edificado los pabellones carcelarios, los que al momento de ordenarse el cierre habían sido destruidos, hechos astillas, a fin de impedir su testimonio. No se debían dejar huellas que mañana fueran utilizadas para saber la verdad. Estos residuos estaban impregnados de culpa bajo la indiferencia de la luz matinal, cada vez más amarilla, destinados a ser para siempre una materia informe y anónima que dispersaría el viento. El detalle me condujo por un segundo a inquirir, al detectar también en el suelo del lugar numerosas manchas de aceite secas, transformadas en unas costras pardas, donde de seguro yacía el estacionamiento de los vehículos que salían a buscar a los desdichados, en la distancia cada vez más lejana que separaba a aquellas víctimas traídas hasta allí de la vida de los demás que había seguido su curso. La Historia es la historia de la sempiterna biografía de Saturno que devora a sus hijos. Estaba ahora en el sector en el que se hallaba El Patio de las Estatuas, pero no tenía seguridad, pues desde esta plani-

cie, como recordaba, en cuyo centro se destacaba apacible el mármol de *La bella Paulina*, se podía contemplar la superficie del estanque, el cual también había desaparecido llevándose consigo la sorpresa, casi mágica, que provocaban los peces rojos que se escurrían como unas sombras entre las matas flotantes compuestas de lirios y azucenas. Sólo quedaba del estanque la suavidad de su hondonada, cubierta por el légamo seco y arenoso, donde empezaban a crecer unos arbustos de colliguay. Lo que más abundaba en aquel yermo eran los palquis, fáciles de identificar por el nauseabundo olor de sus hojas lanceoladas, en que el tufo a muerte se mezclaba con la exudación mefítica de las cañerías de desagüe a ras del suelo. Se escuchaba en torno el zumbido gris de las moscas del verano. En contraste, era posible advertir, entre los penachos de los cardos, unos matorrales de rosas salvajes, que parecían lanzar un grito de ahogo postrero después de sufrir tantos años. Al recorrer el eriazó, perdido en esa hojarasca espinosa que se adhería a la ropa, descubrí los restos quemados de un asiento de madera que, indudablemente, había servido para alimentar la fogata nocturna de algunos pillastres. Llegué así donde se encontraba la piscina de mármol, cuyo fondo de color verde se veía resquebrajado, como así también sus escalinatas de acceso, desguarnecidas de los mosaicos azules que cubrían las gradas. Era la única obra, junto con la fuente de piedra vecina, escondida entre la hierba, que se había salvado de la destrucción. Estaba en ese examen

cuando advertí, cercano a l espejo de agua, la mirada de cierto gato de pelaje oscuro, dueño de unos ojos amarillos casi iridiscentes, que me observaba temeroso a punto de huir. No dejaba de ser una compañía el animal. Luego de escabullirse ante un movimiento mío con el brazo, se dio media vuelta rápidamente saltando sobre algo, oculto en el pasto, que se destacaba por su volumen. Arrojado en la depresión del terreno, permanecía el tanque galvanizado del depósito de agua que sustentara, tras cinco pisos encastillados en unas estructuras de hierro, la torre que se erigía a mano izquierda, según la memoria, en el fondo del parque. Entendí de inmediato, gracias a las notas recogidas durante las averiguaciones, que se trataba del lugar llamado más tarde La Torre de los Suplicios, en donde en los tiempos felices de la mansión había en la planta inferior una sala de máquinas. Sus aparatos hidráulicos, entre ellos el motor de petróleo, estaban destinados a la purificación de los cinco mil litros de agua que contenía el depósito. Unas ruedas dentadas movían cada cierto período, con agudos chirridos metálicos, la pareja de émbolos que provocaba el flujo. El tanque se veía oxidado por completo, cubierto de verdín en la profundidad de su interior. Empezaba a sentirme mal y, compelido por una extraña necesidad, llamé en voz alta a mi viejo amigo Antonio, gracias a quien había llegado a esa mansión, años de años atrás, cuando fuéramos compañeros de aula en el Colegio San Ignacio, en quinta y sexta

preparatorias. No sé por qué lo hice, tal vez por ser la persona que más identificaba con la casona. Debido al grito escapó rauda una bandada de pájaros y la estampida de los zorzales y chincoles, plumiza como la salpicadura de una pincelada, fue la única respuesta que recibí de aquella mañana de diciembre, tan tranquila aparentemente, que había comenzado medio adormilado mientras escuchaba por la radio del taxi, camino a Peñalolén, unas canciones muy sensibles interpretadas por el mexicano Pedro Vargas. Constituía un desvarío haber llamado a Antonio pues sabía que él jamás respondería. Los fantasmas nunca devuelven la palabra y, si lo hacen, como algunos afirman, contestan de otra manera. Gracias a esa amistad escolar había tenido acceso a la casa y a su familia, aunque al dejar el establecimiento de los jesuitas, luego de irme con mi madre a Buenos Aires y después regresar a Santiago al lado de mi padre, la camaradería se esfumó de a poco debido a que ahora estudiábamos en colegios diferentes. Sin embargo, nunca lo olvidé, quedó en el retrato que guardo de esos años, junto a otras imágenes, comunes a la experiencia de muchos, la procesión de la Virgen del Carmen, Patrona del Ejército, por las calles de Santiago, como así también, en otro orden, las artistas de cine en traje de baño que aparecían en la contratapa de la revista *Ecran*. La familia de Antonio era agradable y me atrajo de ella en particular, en oposición a la conducta de la mía, la estabilidad hogareña que yo no gozaba, pero este tema es harina de otro

costal. Pertenece a una historia distinta que debería escribir si puedo. Cada uno de ellos tuvo conmigo una buena relación y no sabría decir a quién prefería más, pues si recuerdo todos se ganaron mi cariño desde su modo de ser que, perfilado bajo distintos rasgos, iba desde la sensatez del médico que era don Américo, el padre de mi amigo, hasta la chifladura un poca romántica de tía Greta, hermana de la madre, doña Luisa, quizá la persona más compleja del grupo familiar. Luego estaban los dos hermanos, Félix, estudiante de Ingeniería, y Daniela, la menor, alumna del Colegio del Sagrado Corazón. Pero como descubriría más tarde, la residencia constituyó para mí, al margen de sus moradores, el lazo de afecto más duradero, ya que, tras venderse años después, mi vínculo con ésta prosiguió. Cuando la conocí aún no tenía el nombre de Villa Grimaldi con que el último dueño legal, un señor Emilio Vassallo Rojas, llevado por las presunciones de la mesocracia chilena, la bautizó en recuerdo del segundo apellido de su padre. Bajo ese nombre la finca alcanzó como se sabe la triste fama del crimen. De acuerdo al plano levantado por alguno de los sobrevivientes del centro de torturas, a la derecha se hallaban los pabellones de reclusión destinados a los presos transitorios cuyas dependencias, si no me equivocaba de sitio, habían servido originalmente como aposentos del personal doméstico de la casa. Al final de las celdas individuales, de proporciones tan reducidas que era imposible permanecer de

pie, se encontraban los servicios higiénicos formados por una sucesión de pozos negros a los que podían ir los detenidos con arreglo a la voluntad del vigilante de turno. Esta contingencia era otro de los múltiples engranajes del oprobio empleados en El Palacio de la Risa. El cuerpo resultaba una maldición, sometido entre esas violencias a unas funciones diarias coartadas, por lo que es lógico suponer, luego de escuchar o leer dichos testimonios, que ninguno de los presos se salvó de sentir en esos días, cuando el organismo a pesar de todo reclamaba desahogarse, la débil condición humana. En el mismo apartadizo, había un corredor embaldosado donde se entreveían, protegidas por un cielo de tejas coloradas, apoyado en unas pilastras de bases de piedra, las artesas del lavadero de ropa que, a objeto de no estropear la visión de aquel costado del parque, yacían ocultas por un seto de boj recortado, a mediana altura. A unos metros se levantaba el kiosco de construcción metálica, inspirado, según decía Félix, en el modelo que se hallaba en París en una de las plazoletas del Jardín de Luxemburgo. La cúpula de mayólica, plena de colores argentos, brillaba después de la lluvia semejante a un paraguas de cristal. A Félix le gustaba escenificar allí, rodeado de los demás compañeros de algarabía, la teatralización de la orquesta muda que había organizado. Para esto contaba, aparte de unos viejos instrumentos provenientes de la herencia de la casa, con el auxilio de una victrola manual, su trompeta de bocina y de unos cuantos discos de

música popular de la marca Victor bastante rayados. De la presencia del kiosco sólo quedaba la losa del piso donde descubrí, cubierto de polvo, el trozo de un mosaico verde. El fragmento lucía, aunque borroso, el dibujo heráldico de la flor de lis. Era fácil deducir, como en una obrita policial, que el asesino había borrado sus huellas y que, después de hacerlo con una fría prolijidad, había destruido el escenario del crimen con la furia de un obseso. Nada podía señalar a ciencia cierta lo que había sucedido y, en consecuencia, me resultaba dudoso, entre otros asuntos ligados por el azar de la vida, imaginar a Mónica en ese lugar.